

La duda. (Relato)

De pronto sentí, bajo la suela de mis zapatos, las pequeñas piedras que formaban el camino entre el césped verde y humedecido por una fugaz lluvia que cayó en algún momento. El pedregullo color gris y blanco formaba un camino de unos dos metros de ancho en forma paralela a la pared de la casa. Ésta estaba a mi derecha, no muy grande, con un techo de tejas a dos aguas.

Continué caminando mientras hablaba con Él. No recuerdo cómo llegamos ahí, ni a ese punto de la charla. Pero recuerdo que su voz me emocionaba, su risa fuerte me tentaba y continué esperando su reclamo, su impaciencia ante nuestras tan diferentes posturas ante todo. Pero no, esta vez no; su diálogo era indulgente hasta mi descreimiento y su voz intentaba justificarse; (raro en vos me dije), y sonreímos ambos.

Es que tampoco recuerdo parte del diálogo; pero se que, o creo, porque no estoy tan seguro, de haberle preguntado por qué, si no se pudo hacer nada...

No lo quería mirar, no se porqué, pero evitaba mirarlo; tal vez para no tropezarme entre las pequeñas piedritas que marcaban el camino hacia el fondo del terreno.

La tarde, (creo la tarde), seguía gris y fresca. Y de pronto, sin pensarlo, tal vez por lo interesante de sus dichos, sus palabras tan convincentes como siempre, tan justas, nos encontramos dentro de otro lugar. Enorme, inmenso, impactante y minimalista, de un brutalismo que subyugaba por lo frío y majestuoso. Todo, color gris cemento.

Ya adentro, no quise volver la vista atrás para visualizar la entrada

Frente a nosotros se alzaban unas escalofriantes escaleras de quince metros de ancho y sus dieciocho escalones terminaban en una doble puerta de vidrio opaco que no dejaba ver ambos lados, dónde continuaban los escalones en sentido inverso hacia el piso superior.

¡Todo color cemento!

Paredes, piso, barandas, pasamanos...

Hasta la puerta de allí arriba, como esperándonos, de color gris pálido, como los que se utilizan en una industrias.

Deprimente y estático, sin plantas y luces difusas cuadradas como un edificio gubernamental de fines de los setenta.

Me vi a mí mismo, frente al él, en un costado de la entrada, hacia la derecha. Ambos sentados en una escalera interna más pequeña, que daba al inmenso frente en la misma planta baja. El estaba unos peldaños abajo, a unos cuarenta centímetros. Le veía sus rulos y la incipiente pelada que se le iba formando arriba de su cabeza a modo de fraile franciscano.

-Pero no te entiendo, debe haber una explicación, le dije. Necesitaba que me lo confiara; ahora que lo tenía conmigo, quería que me enseñe, que me convenza, si el siempre había sido mucho mejor que yo en ese tema tan singular.

Me urgía su fundamentación generosa de no dejarme con la duda para aclararme algo; aunque no sabía muy bien de que.

Levantó lentamente su cabeza y me miró, volví a ver su mirada frente a mi; sus ojos tristes, sus cejas gruesas y la frente amplia donde caían sus rulos.

-No lo se Hectitor. Tuvo que ser así. No había otra forma...

No me conformó su respuesta.

En ese instante, me di cuenta que lo que presentía desde el principio, era un hecho. Era una realidad...

-Pero, será de Dios, había otra forma; otra manera.

¿Por qué, por qué, necesito saber por qué?, Ton.

-No, no se puede, no hay nada que hacer, es inevitable; no se puede cambiar nada, ya está escrito...

-Pero..., ¿algo habrá que se puede hacer?.

Yo necesito. Yo quiero..., yo..., yo..., yo... Terminé diciéndome egoístamente, no quiero que se vaya ésto, lo quiero aquí, lo necesito...

¡Se me estrujaba el pecho!.

El no dejaba de mirarme y sonreír.

-Vos no lo podes entender, era mejor así.

-¿Cómo que era mejor así?, ¡no...!!! De ninguna manera. ¡Tenés un pibe de siete años...!

-Lo se. Y te pensás que no pensé en ello.

¿Qué me decís?, era en lo único que pensaba.

¡En los tres!

Hizo una pausa.

Está todo bien, estoy bien, era necesario.

Estoy bien, entendolo.

Un silencio.

-Sí, recuerdo, una vez te fui a cuidar a tu casa y me dijiste que no podías dormir porque los pensamientos iban y venían.

Nos quedamos un minuto en silencio.

-Estoy solo, me dejaste solo lo entendés, nunca más fui "al hueso" con nadie. Nunca más una conversación. Puedo tener charlas profundas, es más, más intelectuales pero no con esa simplicidad y claridad que sólo vos les dabas a las cosas. Tal vez fue el regalo de cincuenta años de amistad, no nos podíamos mentir en nada. Aunque vos me ocultaste algunas cosas, le dije echándole en cara y ambos reímos.

Y yo también...

-No podía, sabés que no podía, te ibas a enojar... Justificándose.

-Bueno pero hoy estas aquí, estas vivo amigo.

Un silencio.

-¿Y como se hace con todo lo que dejaste...? Le reclamé. Otro silencio.

-Hoy estuve en... No me permitió continuar con la frase.

-Sí, lo se, interrumpiéndome, -te vi. Por eso vine hoy, porque se lo que te cuesta.

-No quiero que te vayas otra vez, es triste, se te extraña gordo.

Sentía que se acababa el tiempo y que en cualquier momento me iba a decir que tenía que regresar, que no vería a nadie más y que seguramente esa sería su ultima visita, o no...

-Tengo que dejarte tranquilo. Me dijo, -tengo que dejarte en paz.

-No creo que resulte, es todos los días, es hasta insoportable a veces. Es desgarrador...

-Sabes lo que pasa, era lo mejor. Era la mejor forma de cuidar a mis hijos.

-¿Qué, por eso fue...?. No entiendo.

-No, se dio, era así. Yo se que vos no lo podés entender. Pero ya vas a hacerlo.

De esta forma los puedo cuidar mucho mejor. Puedo verlos cuando quiero, les puedo dar una mano.

-Si es así entonces llévame con vos, si esa es la forma mejor de cuidarlos. Mátame mil veces, pero yo también los quiero cuidar.

Tome uno de sus brazos, sentí sus músculos fuertes, se acercó y me dio un beso en la cara como hacemos nosotros, los amigos. Sonrió y me largó, -está todo bien, estoy bien, era necesario. Estoy bien. Entendolo.

Desperté, tapado con frio por el aire. Respiré profundo.

-Al fin viniste gordo, nunca habías venido a verme especialmente a mi, Bueno, si, te vi un par de veces pero no habíamos podido aclarar las cosas, solo visitas fugaces. Seguramente tenías personas más importantes, más cercanas para ir a ver, obvio tus hijos, tu vieja y tu hermana. Tu mujer...

Sentado en mi cama, mirando por la ventana recordé la última vez que tuve un sueño importante con mi papá. Viajábamos en un tren, vi sus ojos vidriosos de muerto y le dije, papá pero vos ya estas muerto.

-Sí, lo sé, me respondió, por eso vine a despedirme y quiero que sepas que estoy bien.

Y nunca más volvimos a hablar en un sueño, solo le he visto pasar por ellos.

¿Sera acaso esta la última vez que sueñe con vos Tomás?, no quisiera, me pone muy triste.

Ahora entiendo, no la había asociado ni reconocido, la casa blanca de tejas rojas era tu casa, ahora está todo más claro.

¿Viniste a verme porque ayer fui a ver a tu hijo menor y no lo pude ver?, ¿será por eso tal vez, te habrá dado pena?. Qué se yo...

No es que hayas decidido irte, solo lo aceptaste y viste lo bueno, lo que podrías hacer por tus hijos.

¡Pero si luchaste hasta lo último...! ¿Será que tu lucha también era parte del plan...?

Debe ser que desde donde estás podés cuidar mejor a los pibes, si es así que así sea. No permitas que yo no pueda cuidar a los míos.

En la oscuridad y silencio de la noche siento la paz que me dejaste, gracias, otra vez y como tantas veces te digo gracias.

Registrado. Horacio Sachello 2024